

SANTA TERESA DE JESÚS

15 de octubre de 2016

Hace un año, el 15 de octubre de 2015, finalizaban las celebraciones del V centenario del nacimiento de santa Teresa. A la distancia de un año, surge espontánea la pregunta: ¿Los años de preparación y, después, el año del centenario, con tantos eventos que han marcado su paso, han cambiado algo en nuestras vidas? Personalmente, con toda la prudencia que requiere la cuestión, respondería que sí: el año, o mejor, los años teresianos nos han casi obligado a escuchar de nuevo su voz, con ese timbre inconfundible, hecho de simplicidad, de sinceridad y de pasión por lo descubierto. Admitámoslo: es difícil permanecer indiferentes ante el modo de hablar de esta mujer, que es capaz de tocar registros profundos de nuestro corazón, de nuestra humanidad, de nuestro ser cristianos y religiosos.

Es precisamente esta estrecha proximidad y esta abierta confianza con ella, con nuestra Santa Madre, lo que nos lleva a preguntarnos sobre el modo en el cual estamos viviendo y testimoniando su carisma. Como muchos de vosotros sabéis, la Orden ha emprendido, a partir del Capítulo General del año pasado, una relectura de nuestras Constituciones. En este momento nos toca trabajar sobre el capítulo dedicado a la oración y a la comunión con Dios. Desde hace al menos cincuenta años constatamos una crisis de la oración en nuestra familia religiosa. Me pregunto si no estamos incluso ya habituados o resignados a convivir con ella, al punto que casi ni constituye un problema o una dificultad sobre la cual debemos trabajar, personalmente y comunitariamente. Naturalmente, creo y espero que no sea así mayoritariamente, y que la crisis siga generando en nosotros una saludable inquietud y una necesidad de buscar con mayor empeño aquello que aún no hemos conseguido encontrar.

Hablando de crisis de la oración, no me refiero solo a la infidelidad a los actos externos de oración. La crisis es más profunda y toca las motivaciones y el sentido de la misma, tal y como nos la ha enseñado santa Teresa. A veces se aduce como justificación de la infidelidad a la oración la falta de tiempo y el exceso de ocupaciones. Ello es cierto, sin duda, en algunos casos y en algunos momentos. Pero, en general, tengo la impresión de que se confunde la causa con el efecto, es decir: preferimos llenar nuestro tiempo de actividades, cuya utilidad parece evidente y verificable. El problema no es el tiempo que falta para la oración, sino más bien el tiempo que dedicamos a la oración. No olvidemos que este problema lo vivió también Teresa, y no durante un período breve, sino durante veinte años, en los que le resultaba tan penoso ir a la oración que antes hubiera preferido pasar por las más fuertes penitencias (cf. *Vida* 8,7).

El cardenal Martini, en una serie de meditaciones sobre la oración según las enseñanzas de santa Teresa, habla de tres fases o estados de la oración: espontánea, difícil y don. Me parece, en su simplicidad, un buen apunte para la reflexión. Todos experimentamos la oración espontánea; todos los hombres, incluso los no creyentes. Es espontánea la oración que brota del corazón como invocación de ayuda o petición de perdón o acción de gracias. Es la oración de esos instantes en los cuales parece que la vida misma se hace oración, que necesita, para ser plenamente viva, desplegarse como oración, quizás ni siquiera pronunciada,

como un simple latido del corazón o una respiración imperceptible. Hay experiencias que se abren y nos abren instintivamente a un Otro, a un interlocutor capaz de acoger la infinidad de nuestro dolor, de nuestra alegría, de nuestro sentimiento de culpa o de nuestro agradecimiento.

Pero la oración no es solo esto, del mismo modo que vivir no es solo respirar y amar no es solo probar la embriaguez del enamoramiento. La oración de la que habla Teresa no es solo aquella “de cuando niña” (*Vida* 3,5). Es una vida de oración y como tal experimenta todas las fatigas y las dificultades de nuestro camino terreno. Un hermano me decía hace algunos días: «Pero, en el fondo, la oración es un medio, no un fin.» He pensado un poco sobre ello y finalmente debo decir: lo siento, no estoy de acuerdo. Las oraciones pueden ser un medio, pero la oración, tal y como la entiende Teresa, es un fin ¿Cómo podría ser de otro modo, si la oración es un estar muchas veces a solas como amigos con aquel de quien nos sabemos amados? (cf. *Vida* 8,5) o si sucede en ella “como acá si dos personas quieren mucho y tienen buen entendimiento” que “aun sin señas parece que se entienden con solo mirarse” (*Vida* 27,10). Pero esta, se dirá, es ya la tercera fase, la de la oración como don, en la cual se reencuentra la simplicidad de la oración espontánea, si bien reforzada y fundada en la solidez de una relación de íntimo conocimiento recíproco.

Así es. En medio está, ciertamente, la oración difícil, la oración molesta, la que nos cuesta. Pero esto vale también para el amor: entre el enamoramiento y la pacífica confianza entre los viejos amantes, están las luchas, las tempestades, las infidelidades y las reconciliaciones. Del mismo modo que existe siempre un diálogo ininterrumpido, que lleva a dos personas a conocerse a fondo, descendiendo incluso a los pliegues y a las llagas más escondidas, más dolorosas, más difíciles de hacer ver y de aceptar. Esta es la dificultad de la oración: la dificultad de la fe o, mejor, de la confianza en el otro, la dificultad de creer en el amor, el demasiado amor con el cual Dios nos ha amado, como gustaba repetir Isabel de la Trinidad citando a san Pablo (cf. Ef 2,4). Alguien ha definido la oración teresiana como una “historia de amistad”. Y, efectivamente, si es amistad no puede ser sino una historia, una larga historia, con sus luces y sus sombras, los momentos de aridez y cansancio y aquellos otros en los cuales se bebe a manos llenas de la fuente; pero una historia que queremos vivir juntos, nunca sin el otro, nunca sin la luz de su mirada, nunca sin el consuelo de su perdón.